

el contraste entre los antiguos y los nuevos métodos. Por ejemplo, mostramos el viejo sistema de lecherías, opuesto al nuevo; los viejos métodos de labores al lado de los nuevos; las antiguas prácticas de cocina y de economía doméstica comparadas con las nuevas. Estos carros emplearon hora y media en desfilar.

En su discurso, pronunciado en nuestra gran capilla, acabada de construir por nuestros estudiantes, dijo el presidente, entre otras cosas:

«Ha sido, en verdad, un goce inmenso para mí, encontrarnos bajo tan agradables auspicios y haber hallado ocasión de contemplar con mis propios ojos lo que hacéis. El instituto normal é industrial de Tuskegee, es ideal en su concepción; goza ya de una sólida reputación en el país y no es desconocido en el extranjero. Yo felicito á todos los que se han asociado á esta empresa por la buena obra que realizan, enseñando á los alumnos á seguir caminos honrosos y útiles y contribuyendo de este modo al progreso de la raza para la cual ha sido fundada.

«Creo que no había podido encontrarse en parte alguna un sitio mejor ni más adecuado para este ensayo de educación, único en el mundo. Ha llamado la atención y se ha captado las simpatías de los filántropos más avisados, en todas las partes del país.

«Sería imposible hablar de Tuskegee, sin rendir un tributo especial al talento y á la perseverancia de Booker T. Washington. El fué quien comenzó esta empresa y á él le corresponde toda la gloria. Su entusiasmo y su genio emprendedor han hecho posible, el progreso continuo de la institución y la han colocado en el grado de perfección en que hoy día la vemos. Ha conquistado el merecido renombre de uno de los primeros directores de su raza, y es conocido y respetado en el país

y en el extranjero como un educador, un gran orador y un verdadero filántropo.»

El honorable John D. Long, Ministro de Marina, dijo entre otras cosas:

«Hoy no puedo pronunciar discursos; mi corazón está demasiado lleno: lleno de esperanza, de admiración y de orgullo por mis conciudadanos del Norte y del Sud, de raza blanca y de raza negra.

«Estoy lleno de reconocimiento y admiración por vuestra obra y, á partir de este momento, tendré absoluta confianza en vuestro progreso y en la solución del problema que habéis abordado.

«En realidad el problema ya está resuelto. Hoy se ha desarrollado á nuestra vista un cuadro que debería trasladarse al lienzo con los retratos de Washington y Lincoln para ser transmitido á las futuras generaciones, un cuadro que la prensa del país debería esparcir de un extremo á otro del territorio, un cuadro dramático en extremo; el presidente de los Estados Unidos, de pie, sobre esta tribuna; á un lado el gobernador de Alabama y al otro, completando la trinidad, un representante de una raza que hace solamente algunos años estaba todavía en la esclavitud, el director del instituto normal é industrial de Tuskegee.

«Dios bendiga al presidente bajo cuyos auspicios ha podido presentarse esta escena á los ojos del pueblo americano. Dios bendiga al Estado de Alabama que ha demostrado que sabía resolver el problema por sí mismo. Dios bendiga al orador, al filántropo, al discípulo del gran Maestro — que, de continuar en la tierra, le aydaría en su obra — Dios bendiga á Booker T. Washington.»

El Ministro de Comunicaciones, terminó su alocución con las siguientes palabras:

«En estos últimos tiempos hemos sido testigos de grandes espectáculos. Hemos visto la magnífica grandeza y el éxito magnífico de una de las más importantes metrópolis del Sud. Hemos visto desfilar á los héroes de la guerra. Hemos visto fiestas con profusión de flores. Pero estoy seguro de que mis colegas estarán de acuerdo conmigo para declarar que nada hemos visto tan emocionante ni tan lleno de promesas para el porvenir como el espectáculo que esta mañana se ha ofrecido á nuestros ojos.»

Algunos días después del regreso del Presidente á Washington, recibí la carta siguiente:

«Palacio del Poder Ejecutivo. (Executive Mansion).

»Washington, 23 Diciembre 1899.

«Querido señor: Tengo el gusto de remitirle por este correo, copia del documento conmemorativo de la visita del Presidente á su instituto. Estas hojas llevan los autógrafos del Presidente y de los miembros del gabinete que le acompañaron en su viaje.

«Permítame que aproveche esta ocasión para felicitarle sinceramente y desde el fondo de mi corazón por el gran éxito del programa de festejos preparado y ejecutado bajo sus auspicios durante nuestra permanencia en Tuskegee. Cada detalle resultó de una manera irreprochable y todos los visitantes que tomaron parte en la fiesta como actores ó como expectadores, experimentaron la misma satisfacción absoluta. La exhibición sin precedente de los alumnos ocupados en sus actividades industriales, no sólo fué artística, sino de un relieve inolvidable. El tributo pagado por el Presidente y por su gabinete á su obra no era exagerado y creo que es

de buen agüero para la prosperidad futura de su institución.

»No me resuelvo á terminar sin asegurarle que la modestia de que dió usted pruebas durante toda la fiesta fué comentada en los más halagadores términos, por todos los que acompañaban en su viaje al Presidente.

»Con mis votos mejores por el progreso continuo de su útil y patriótica empresa, reciba la expresión de mi simpatía personal y mis deseos de un feliz año nuevo.

»De usted devoto,

»John Addison Porter  
»Secretario del Presidente.

»Al presidente Booker T. Washington, instituto normal é industrial de Tuskegee (Alabama).»

Veinte años han transcurrido desde que hice en Tuskegee mi primera tentativa en una cabaña ruinoso, sin poseer el valor de un dollar en propiedad y no contando con más de treinta estudiantes. Hoy la institución posee dos mil trescientas *acras* de tierra (mil ciento cincuenta hectáreas), de las que setecientas son anualmente cultivadas por los estudiantes. En los terrenos de la institución se levantan, entre grandes y pequeños, cuarenta edificios. Mientras los estudiantes trabajan en los campos ó construyen edificios, hay profesores competentes que les enseñan los más recientes métodos agrícolas y todos los oficios que están relacionados con la edificación.

Al lado de la enseñanza literaria, científica y religiosa, hay en la escuela veintiocho clases industriales que funcionan siempre. En todas estas clases, nuestros alumnos aprenden oficios gracias á los cuales pueden encontrar una colocación al salir del instituto. En la

actualidad, el único inconveniente es que nuestros diplomas, son tan solicitados por el público del Sud blanco y negro, que no podemos servir más que la mitad de las demandas que se nos hacen. Por otra parte, no tenemos más que la mitad de los edificios y del dinero que se necesita para admitir á todos los negros de ambos sexos que solicitan su admisión en la escuela.

En lo que llamamos nuestra enseñanza industrial, partimós de tres principios capitales. Ante todo queremos educar á nuestros alumnos de tal modo, que sean perfectamente adaptables á las actuales condiciones de vida en el Sud; es decir que sean capaces de hacer precisamente aquello que *necesitarán* hacer. Queremos, en segundo lugar, que cada alumno, al salir de nuestra escuela esté en condiciones de ganarse su vida y la de su familia. Y finalmente, queremos que nuestros alumnos abandonen sus clases con la convicción arraigada de que el trabajo tiene su dignidad y su belleza y que conviene amarlo, en lugar de esquivarlo hipócritamente. Además de la enseñanza agrícola que damos á todos nuestros alumnos y de las lecciones de economía doméstica que reciben todas nuestras alumnas, hemos comenzado á iniciar en la agricultura á algunas de estas últimas. Principalmente les enseñamos la jardinería, la floricultura, la fabricación de la manteca, la apicultura y el arte relativo al mantenimiento de animales domésticos.

Aunque la institución no tenga, en ningún sentido, carácter religioso, poseemos algunas cátedras, conocidas con el nombre de escuela bíblica de Phelps Hall, en la que se preparan algunos estudiantes para el ministerio sacerdotal y para otras formas de acción cristiana, sobre todo en los distritos rurales. Es digno de observarse que cada uno de estos estudiantes trabaja igualmente en

un oficio la mitad de su día, para ir adquiriendo la práctica y el amor del trabajo, de suerte que, cuando deje nuestra institución, esté en condiciones de dar ejemplo con su actividad, á aquellos entre los cuales viva.

El valor de nuestra propiedad es, ahora, de más de trescientos mil dollars (un millón quinientos mil francos). Si añadimos á esta suma, nuestro capital, que es de unos doscientos quince mil dollars, el valor total de nuestra propiedad, asciende á cerca de medio millón de dollars. Los gastos anuales corrientes, son, en la actualidad, de unos ochenta mil dollars (cuatrocientos mil francos.) La mayor parte de esta suma la recojo cada año yendo de puerta en puerta y de casa en casa. Ninguna hipoteca grava nuestra propiedad, que está á nombre de un comité de administración anónimo con derecho de revisar los actos de la institución.

El número de estudiantes ha crecido desde treinta á mil ciento. Nos llegan de veinte y siete Estados y de los territorios de Africa, de Cuba, de Puerto Rico, Jamaica y otros países extranjeros. En nuestras clases hay ochenta y seis funcionarios y profesores; añadiéndoles las familias de los profesores, podemos concluir que en los terrenos de la escuela vive una población constante de cerca de mil cuatrocientas almas.

Se me ha preguntado, con frecuencia, cómo podemos lograr que una muchedumbre tan numerosa vivan reunidas con orden, corrección y moralidad. Podemos dar dos respuestas: en primer lugar los hombres y las mujeres que vienen á nuestra escuela buscando una educación tienen un buen fondo de seriedad; en segundo lugar la actividad constante garantiza el orden.

La siguiente tabla del empleo de nuestro tiempo lo demuestra:

A las cinco de la mañana, toque de campana para

levantarse; á las 5'50, primera campanada para el almuerzo; á las 6, campana para el almuerzo; de las 6'20 á las 6'50 limpieza de las habitaciones; á las 6'50 campana para el trabajo; á las 7'30, estudio de la mañana; á las 8'20, campana para prepararse á las clases de la mañana; á las 8'25, inspección de limpieza y tocado de los alumnos; á las 8'40, servicio religioso en la capilla; á las 8'55, recreo de cinco minutos para comunicarse las noticias del día; á las 9, comienzo de las clases; á las 12, fin de las clases; á las 12'15, comida; á la 1, campana para el trabajo; á la 1'30, comienzo de clases; á las 3'30, fin de clases; á las 5'30, campana para anunciar el fin de los trabajos; á las 6, cena; á las 7'10, plegarias de la noche; á las 7'30, estudio nocturno; á las 8'45, fin del estudio nocturno; á las 9'20, primera campanada para acostarse; á las 9'30, campana para acostarse.

Procuramos tener siempre presente que nuestros alumnos con diploma, darán el tono de lo que valga nuestra escuela. Contando los que han concluido sus estudios y los que estaban suficientemente preparados para ejecutar buena labor, cuando los dejaron, podemos afirmar con toda seguridad, que hay, actualmente, tres mil hombres y mujeres formados en Tuskegee para trabajar en distintas partes del Sud; unos y otros, con su propio ejemplo, ó con su esfuerzo personal demuestran á la masa de nuestro pueblo cómo puede mejorar su vida material, intelectual, moral y religiosa. A la vez, poseen un sentido común tan recto y un dominio de sí mismos tan completo, que obligan á creer á los blancos del Sud en el valor de la educación dada á los negros. Subsiste, al lado de todo esto, una influencia en ejercicio constante, por medio de los meetings á las madres de familia y por medio de la obra de plantación, que dirige la señora Washington.

Adonde quiera que vayan nuestros alumnos, una vez obtenido su diploma, adviértense desde luego cambios notables en la adquisición de terrenos, mejora de viviendas, espíritu de economía y nivel de moralidad. Municipios enteros se reorganizan por medio de esos hombres y esas mujeres.

Hace diez años, instituí en Tuskegee la primera *Conferencia negra*. Es una asamblea anual que convoca en nuestra escuela unos ochocientos ó novecientos hombres y mujeres, pertenecientes á lo más selecto de la raza y que emplean un día entero estudiando las verdaderas condiciones industriales, mentales y morales del pueblo y haciendo planes de reformas adecuadas. De esta *Conferencia negra* de Tuskegee han salido muchas otras *conferencias* locales que se ocupan en la misma tarea. Como resultado de estas reuniones, uno de nuestros delegados contó en nuestra última asamblea que en sólo un municipio, diez familias negras han adquirido casas y las han pagado. Al día siguiente de la *Conferencia negra* anual, tiene lugar la llamada *Conferencia de los trabajadores*. Esta la forman profesores que se dedican á la enseñanza en varias instituciones del Sud.

La *Conferencia negra* proporciona á estos profesores una ocasión excelente para estudiar y conocer el espíritu de las masas.

Durante el verano de 1900, con el concurso de eminentes ciudadanos de raza negra, tales como el señor T. Thomas Fortune que ha secundado siempre mis esfuerzos, organicé la *Liga nacional de comerciantes negros* que tuvo su primera reunión en Boston y que agrupó, por la primera vez, á un gran número de hombres de color ocupados en diferentes industrias en las diversas provincias de los Estados Unidos. Treinta Estados se vieron representados en aquella reunión. De

nuestra primera Asamblea nacional han ido saliendo las ligas locales y las ligas de los Estados.

A pesar de mis ocupaciones como administrador en Tuskegee y de las colectas que me veo obligado á realizar para reunir el dinero necesario á la escuela, no puedo negarme á aceptar, por lo menos, una gran parte de las invitaciones que se me hacen para hablar ante auditorios de blancos del Sud, de gentes de mi raza y con frecuencia en meetings del Norte. El siguiente recorte de un periódico de Buffalo (Estado de New-York) demostrará á qué punto llegan mis ocupaciones. Estas líneas se escribieron con ocasión de un discurso que pronuncié ante la Asociación nacional de enseñanza en aquella ciudad:

«Booker T. Washington, el más eminente pedagogo negro del mundo, tuvo estos días una velada ocupadísima. Llegó á Buffalo procedente del Oeste y se hospedó en el *Iraquois*. Apenas había tenido tiempo de cepillarse cuando tuvo que sentarse á la mesa para cenar. En seguida asistió á una recepción en los salones del *Iraquois* que duró hasta las ocho. En este intervalo recibió el saludo de más de cien profesores y pedagogos de todas las partes de los Estados Unidos. Poco después de las ocho, fué conducido en coche al Music Hall y, en hora y media, hizo dos vibrantes discursos sobre la educación de los negros á un público total de cinco mil almas. El señor Washington fué acaparado luego por una delegación de gente de su raza, presidida por el reverendo Walkius, que le condujo á una pequeña recepción organizada en su obsequio por los negros.»

Tampoco puedo dejar de llamar la atención del Sud y del país en general, por medio de la prensa, acerca de los asuntos que rozan los intereses de ambas razas. Así lo he hecho, por ejemplo, á propósito de la odiosa cos-

tumbre del *lynchaje*. Cuando se hallaba en sesión la Convención constitucional del Estado de Luisiana, escribí una «carta abierta» á dicha Asamblea, pidiendo justicia para mi raza. Y en todos estos esfuerzos he recibido siempre el apoyo caluroso y cordial de los periódicos del Sud y de las otras partes del país.

A despecho de las señales aparentes y momentáneas que pudieran sugerir la idea contraria, nunca la situación de la raza negra me ha inspirado más confianza que ahora. La gran ley humana que, á la larga, reconoce y recompensa el mérito es eterna y universal. El mundo, en general, no conoce ni está en condiciones de apreciar la lucha que constantemente se libra en el corazón de los blancos del Sud y de sus antiguos esclavos para desembarazarse de los prejuicios de raza; y ya que ambas razas luchan y se esfuerzan de este modo, merecen obtener la simpatía, el apoyo y la indulgencia universales.

Mientras escribo las últimas líneas de esta autobiografía me encuentro, casualmente, en la villa de Richmond, en Virginia, la ciudad que, hace una decena de años, era capital de la Confederación del Sud y donde, hace veinticinco años, tuve que dormir en el arroyo.

Hoy soy en Richmond huésped de la población negra; vine, invitado por ella para pronunciar un discurso, la última noche, ante los ciudadanos de ambas razas, en la Academia de música, la más grande y más hermosa sala de la ciudad. Era la primera vez que hombres de color recibían autorización para servirse de esta sala. El día que precedió al de mi llegada, el consejo municipal votó una decisión para venir en corporación á escucharme. La Legislatura del Estado, compuesta de la Cámara de diputados y del Senado, decidió también asistir en corporación á la conferencia.

En presencia de centenares de ciudadanos negros y

de muchos notables de la raza blanca; en presencia del Consejo de Estado y de los funcionarios del Estado, pronuncié, pues, mi mensaje: fué un mensaje de esperanza y de alegría. Y desde el fondo de mi corazón di las gracias á las dos razas, por aquella acogida que me dispensaban, al regresar al Estado que me vió nacer.

FIN.

## ÍNDICE

DEDICATORIA.	
PRÓLOGO ESPECIAL PARA NUESTRA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA.	9
PREFACIO DEL AUTOR. . . . .	11
PREFACIO DEL TRADUCTOR. . . . .	13
CAPÍTULO I. Esclavo entre los esclavos. . . . .	43
— II. Mi infancia. . . . .	60
— III. La lucha por la educación. . . . .	74
— IV. Ayudo á mis compañeros. . . . .	89
— V. Los días de la regeneración. . . . .	101
— VI. La raza negra y la raza roja. . . . .	109
— VII. Mis comienzos en Tuskegee. . . . .	119
— VIII. Doy mi clase en una cuadra y en un gallinero. . . . .	127
— IX. Días de angustia y noches de insomnio. . . . .	138
— X. Una tarea más difícil que hacer ladrillos sin fuego. . . . .	148
— XI. Nuestros alumnos fabrican sus camas antes de acostarse en ellas. . . . .	159
— XII. Buscando fondos. . . . .	168
— XIII. Tres mil kilómetros para un discurso de cinco minutos. . . . .	182
— XIV. El discurso de la Exposición de Atlanta. . . . .	197
— XV. El secreto del éxito en el arte oratorio. . . . .	214
— XVI. Viaje á Europa. . . . .	236
— XVII. Últimas palabras. . . . .	254